

Tablero del pintor muerto por propia mano

Salvador Gallardo Cabrera

Queda una tela rasgada por ventiscas de vidrio y bloques de silencio
Un surco en el muslo, un tajo del hombro al nexo del antebrazo
Cortes convincentes de cristal malva en los dedos
Botella con pintura blanca derramándose en un estanque musgoso
La vida delante de un cuadro, las cosas esparcidas por el mundo
Líneas truncas en verde frío para probar las condiciones de frontera
Capas inclinadas y cantiles vueltos a pintar, vueltos a pintar
Estancias sin vecindad, zonas sin vínculo, la muerte detrás de una tela
“Mis cuadros son lugares dislocados”, escribió el pintor
“Destruyen lo que indican; tienen amistad por lo que pasó sin dejar huellas”
Un paisaje siente venir la tempestad: trazos que vibran al cruzar la tela
Forman nudos en las fauces del cielo salpican el ángulo izquierdo
Tres manchas crecen contra la tempestad y declinan en los cantiles

Mancha magenta es rojo con filo lanceta que busca tus ojos
El agua azul, el agua amarilla, su cruce enciende una hoguera acuática
La tercera es un numeral, nueve aspas, para rectificar los colores
En cada trazo el pintor habita el espacio por el que pasa, no lo habita
Cómo pintar un objeto para renovarlo: punzar los cartílagos y los costados
Hacer ver de qué manera nos toca, ir tan lejos como sea posible
En la necesidad de lo que está todavía por venir, por aparecer
Llegar a sí mismo como a lo que aún no es desde una superficie pura
Pintar, pintar, desaprender, quedar tabla (letal) en silencio que agrieta
Luz blanca anuncia obligaciones de renacimiento o de extinción
Luz recta apunta hacia la tierra profunda, cintas de musgo, jirones

Ahí no hay frontera ni paisaje graduado ni orden con expulsión visible
Una pregunta, una lesión transversal, una tela rasgada

A esa pregunta cada quien responde con su vida